

do sólo la debilidad de ofrecerse en las calles públicas á todos los que pasan? Os parecería una bēfa. ¿No os parece una bēfa mucho mayor decir de un hombre que no falta á las conveniencias sociales, sino á las debidas á Dios, y que honra á sus semejantes, aunque no respeta de ningun modo á su Creador? Que nunca, pues, os salga del lábio que existe honradez sin religion, porque hablando así se quita el horror que con justicia deben inspirar aquellos sepulcros blanqueados y hediondos que cubren con un poco de honradez natural un espíritu sin religion; quitase á los mismos infelices el estímulo que tendrían para convertirse si se viesen despreciados universalmente, como sería justo; y sobre todo, disminuye el concepto altísimo que se debe tener de Dios y de la piedad cristiana.

Si no guardára el mundo los miramientos que neciamente usa con los referidos, las ciudades católicas no tendrían tantos audaces que con la frente proterva y el corazón corrompido se vanaglorían de rechazar las creencias cristianas y de hollar las prácticas: como la mayor parte, temerosos de ser tachados de intolerantes, se achican, no se atreven á respirar, y, lo que es peor, aprueban por flojedad ó vileza de ánimo, aquellos felones se enorgullecen del modo más desmedido. ¡Ay, empero, de los que no se cuidan de Dios, si Dios no se cuida un día de ellos!

## CAPITULO X.

### Religion.

#### I. Un caballero no cambia de religion.

Ciertas máximas son como las modas, que dan la vuelta al mundo en breve tiempo. La que al frente va del capítulo, á saber, *que un caballero no cambia de religion*, es propiamente una de ellas. Los protestantes, no ménos que algunos católicos; los cismáticos, no ménos que los protestantes, la tienen con frecuencia en los lábios. En ciertas conversaciones, además, es el tema obligado donde concluyen todos los discursos de controversia ó sobre noticias religiosas: no faltan, por último, católicos, completamente indignos del nombre que llevan, que á fin de parecer *despreocupados*, la repiten cuando alguno refiere cualquier conversion del protestantismo ó del cisma á la verdad católica. Y sin embargo, aquel dicho, aunque aceptado por muchos, tal como se entiende por regla general, no es más que un error gravísimo.

¿Quereis verlo? Si es verdad universalmente que *un caballero no cambia de religion*, deberá ser verdad para todos los países del mundo. La verdad no se muda con el cambio de meridianos ó de altura polar: el caballero chino, pues, no deberá dejar nunca la religion de su Confucio; el caballero indio deberá estar siempre alrededor de su Budha; el caballero mahometano deberá dar siempre vueltas en torno de su Mahoma; el caballero judío deberá seguir desconociendo y blasfemando de Jesucristo, y así sucesivamente. Todos los idólatras y todos los gentiles, aunque hondamente caidos en el bátrato de las más asquerosas supersticiones, no deberán alejarse nunca un paso de sus errores. ¿Cómo no? Si

es verdad que un *caballero no cambia de religion*, todas las referidas consecuencias son innegables.

Más: todo el apostolado que Jesucristo estableció es completamente inútil. *Id*, dijo á sus Apóstoles, *y enseñad á todas las gentes*, para que observen lo que os he dicho.» Los Apóstoles hubieran debido responder prontamente: «Señor, ¿á qué fin nos mandais? ¿No sabeis que nunca podremos dirigirnos á los caballeros, porque nunca cambian de religion? Perdonadnos, pues, si no podemos servirlos.» Si han ido sin esta contestacion, es forzoso condenarlos á todos sin reparo. Detrás de ellos, es preciso condenar á todos los sucesores de San Pedro, que mandaron en todos los siglos á sus enviados, con el fin de hacer cambiar de religion á los pueblos gentiles; es forzoso condenar á los más grandes Santos de la Iglesia, que con tanto celo procuraron conseguir aquel cambio; es forzoso condenar á todos los que sostuvieron con su sangre aquel cambio imprudente. Hasta sería forzoso (horripila decirlo) condenar al mismo Jesus, el cual, venido al mundo, presentándose al pueblo judío, sustituyó la nueva Ley á la primitiva, y la verdad á las figuras, con un cambio no pequeño ni leve. Y sin embargo, si aquella premisa es lógica, la ilacion es innegable.

Mas realmente aquella premisa es muy falsa, porque la inteligencia del hombre es para que se adhiera á lo verdadero, así como el corazon para que descansa en el bien: donde lo halle, tiene obligacion de abrazarlo. Fuera de que, cuando se trata de la verdad religiosa, es mucho más grave tal obligacion, porque la verdad religiosa no sirve sólo para el perfeccionamiento del hombre en la vida presente, sino que es tambien medio único para la bienaventuranza de la futura; y no sólo tiende al bien de la criatura, sino, sobre todo, á la gloria del Creador. No puede, pues, el hombre, cuando Dios le represente lo verdadero, dejar de abrazarlo, sin hacer una ofensa muy grave á Dios, y un daño gravísimo á sí propio. Daño á sí propio, porque no abrazando la verdad conocida, viene á renunciar

á su fin último; ofensa grave á Dios, porque cerrando, como suele decirse, la ventana á la faz del sol, rehusa glorificar á Dios, que tiene la dignacion inmensa de hacerse conocer de él.

Aunque uno limitase aquel dicho á los que profesan alguna de las sectas cristianas, no se libraria de la nota de impiedad que se le echa en cara. ¿Por ventura, entre las várias sociedades que se glorían de pertenecer á Jesucristo, puede existir más de una que posea la verdad? Si la verdad no puede existir en dos proposiciones contradictorias, en dos sectas que se aborrecen, en doctrinas que recíprocamente se excluyen, es preciso afirmar que no pueden ser todas verdaderas. Si la verdad es sólo aquella que fué revelada por Jesucristo, y Jesucristo no ha hecho más que una revelacion, sólo aquella que posea la revelacion hecha por El poseerá la verdad. Por lo tanto, existe la misma razon mencionada anteriormente; á saber: que cuando alguno tiene la ventura de conocer dónde está la verdad, tiene obligacion de abrazarla.

¿Sabeis en qué caso únicamente *un caballero no cambia de religion*? Cuando se habla del católico; porque tiene multitud tal de testimonios y de pruebas en su favor, que para cambiar es preciso que renuncie primero á la misma razon. Sólo la Iglesia católica resplandece con tanta luz, que no puede dejar de ser reconocida de súbito como la fuente de todas las verdades. Sólo ella tiene la perfectísima unidad de doctrina dada por Jesucristo en señal de su existencia; sólo ella tiene por fundamento la roca sobre la cual el Hijo de Dios protestó que sería edificada; sólo ella muestra clara su derivacion de la fuente apostólica; sólo ella posee con verdad el título de católica, ó sea universal; sólo ella tiene la plenísima santidad, que le fué dejada como dote por su Esposo divino; sólo ella tiene los dones extraordinarios de los milagros y de los crismas que los acompañan; sólo ella ha visto todas las potestades de la tierra en contra suya, sin que hayan podido nunca exterminarla poco ni mucho; sólo ella ha visto levantarse todas las herejías

de su seno, y caer, la una despues de la otra, rendidas á sus piés; sólo ella, navegando tranquila en medio de todas las borrascas que han sabido excitar en su daño las pasiones de los hombres, conjuradas con las furias de los demonios, y los enemigos intrínsecos de acuerdo con los traidores internos, no ha chocado nunca en los bajíos ni sufrido jamás naufragio. Teniendo sólo ella estas y otras innumerables razones humanas y divinas en su favor, los que viven en su seno no pueden, de seguro, sin prescindir de la verdad manifiesta, cambiar de religion. Sostener que un protestante ó un anglicano pueden decir lo mismo, es el más portentoso error que nunca se ha imaginado. Ellos nacieron ayer, y traen su origen de los hombres más sórdidos y malvados de la tierra. Con estragos y con sangre han conquistado países y secuaces. Apenas nacidos, se dividieron en tantas sectas cuantas son los herejes, y manifiestan nuevas divisiones cada dia. Sin tradicion que se remonte á la Cabeza divina, á saber, Jesucristo; sin milagros que confimen su doctrina; sin crismas espirituales que la ilustren; sin formar una Iglesia, porque no tienen unidad de creencia; sin constituir una sociedad religiosa, porque no tienen una autoridad infalible que desvanezca sus dudas; sin que sepan lo que creen hoy y las nuevas creencias que vendrán mañana, ¿cómo tolerar que con semejantes condiciones puedan decir que un *caballero no cambia de religion?* ¿No deberian, pues, admitir la luz de la verdad, aunque no brillase para ellos muy límpida y serena? ¿Puede un católico aceptar tal absurdo á fin de parecer *despreocupado?*

Por buena suerte hay verdades de tal género, que, á pesar de todos los sofismas, si se pueden oscurecer, no se pueden quitar de enmedio. Esta es precisamente una de ellas. Porque se ha reconocido abiertamente que los católicos que han pasado al protestantismo distaban mucho de ser hombres honrados, y que, por el contrario, aquellos herejes que han venido con nosotros eran de una conducta irreprehensible. Tenemos ejemplos tan claros y so-

lemnes, que no se pueden desconocer. ¿Qué cosa son los Desanctis, los Achilli, los Bonamici y los Gavazzi? ¿Qué son los pocos sacerdotes que en la Suiza y en Alemania han tomado el nombre de viejos católicos, cuando en realidad sólo son nuevos protestantes? ¿Son hombres que hayan abrazado el protestantismo para llevar una vida más pura y más santa? Ni ellos lo creen, ni nosotros, porque su vida es tan abominable, que causan asco á los mismos protestantes de cierta honradez. Eran sacerdotes desventurados, deshonor de su diócesis, á quienes habian prohibido ejercer su ministerio por feos escándalos, que ansiaban gozar en la vida pública de las libertades vergonzosas que se permitian ya en su vida privada. Por el contrario, aquellos protestantes que han cambiado de religion y que se han hecho católicos en estos últimos tiempos, ¿han perdido la fama de hombres honrados? Todo lo contrario. Europa entera hálos admirado, y los mismos protestantes, bien que hayan experimentado dolor, no han podido despreciarles, porque sus virtudes les ponian á cubierto de todas las calumnias. Hemos visto príncipes y princesas de Alemania que se han convertido en espejo de todas las virtudes. Hemos visto nobles señores de Inglaterra, los cuales con su fé, caridad y buenos ejemplos de todas clases han llegado á ser el sosten de los pobres, y hasta la edificacion de los protestantes en sus países. La Universidad de Oxford, y en parte la de Cambridge, ha enviado sus doctores más profundos, sus oradores más elocuentes, y sus ministros más ejemplares á la Iglesia católica: en la renuncia que muchos debieron hacer de todo interés terreno, ha reconocido Europa la sinceridad de sus conversiones.

Y en verdad que las virtudes que ejercitan los que cambian de religion son tan ilustres y claras, que merecen todo género de alabanzas. El protestante que vuelve al seno de la Iglesia católica domina la vergüenza que, sobre todo en personas bien nacidas y de esmerada educacion, mayormente si se trata de literatos, es grandísima al declarar que

ha vivido en el error hasta entónces: se somete á un poder que tenía la costumbre de considerar desde muy pequeño como adversario; debe vencer las dificultades que presentan frecuentemente los intereses, y siempre la esposa, los amigos y los parientes; debe destruir los obstáculos que interponen los hábitos de la vida pasada, que son casi una segunda naturaleza. Hacer todo esto requiere tanta elevacion de sentimientos, tanta grandeza de alma, y un amor á la verdad tan sincero, que admira fundadamente á todos los que son capaces de comprenderlo. Siendo así todo lo dicho, ¿quién no ve que defienden un error los que proclaman que un *caballero no cambia de religion?*

Es verdad que algunos pronuncian aquella sentencia sin comprender acaso toda su malicia, y quizás tambien por cierta compasion hácia los que yerran; mas esto no se puede hacer á costa de la caridad y de la verdad. Si quereis compadecer á los míseros que han nacido sin culpa suya en el error, y que mucho se revuelven en él, compadecedlos en buen hora, y en vuestra compasion dirigid á Dios un acto de gratitud porque, sin mérito alguno, os ha preservado á vosotros. Id más allá, y recomendadlos con todo el fervor al Padre de las misericordias, Jesus, que ilumina á todos los hombres que vienen al mundo, á fin de que les sirva de guía para conocer la verdad, y les dé gracia para abrazarla. Si á tanto llega el conocimiento de vuestra religion y el celo de la salvacion de vuestros semejantes, procurad, por todos los medios posibles, iluminarlos, lo cual será muy verdadera compasion, digna de un católico; mas darles ánimo para perseverar en el error, bajo el pretexto de que un *caballero no cambia de religion*, no sólo no es compasion, sino crueldad; equivale á desviarles del bien y confirmarles en el mal, como tambien á establecer más y más el peor de todos los desórdenes, á saber, la indiferencia religiosa.

## CAPITULO XI.

### Religion.

I. La religion es buena para el pueblo.—II. Para las mujeres que necesitan emociones religiosas.

Aún no han concluido los axiomas que van alrededor de la religion en general, porque el odio que á ella se tiene ha dado crédito á un número excesivo. Viendo que no pueden destruirla del todo, los libertinos se esfuerzan por librarse á lo ménos á sí mismos, limitándola á las chozas y á las aldeanas. «La religion, dicen, es *buen para el pueblo*, que tiene necesidad de ser contenido á fin de que no prumpa en excesos y conserve cierta moralidad. Es buena tambien, si quereis, para las *mujeres*, que necesitan *emociones religiosas*; mas para los hombres... en el siglo XIX... es desconocer todas las conquistas del tiempo y de la civilizacion.» ¿Es verdad todo esto?

Veámoslo.

I. *La religion es buena para el pueblo*.—Quien decir con esta proposicion que es buena *sólo* para el pueblo, y que no se ha hecho para los que, por su inteligencia, por su cultura, por su condicion, por su filosofía, no pertenecen á él. Dígasenos, por merced: la religion, ¿es una cosa verdadera, ó es una cosa fingida? Aquí no hay medio: ó existe la obligacion de reconocer á la Divinidad, de obsequiarla, de reverenciarla y de honrarla con actos de culto y de sumision, ó no existe, ya porque no hay un Dios, ya porque, habiéndolo, no se cuida de nuestros obsequios y de nuestras demostraciones. Una de las dos cosas es innegable. Si es verdad la primera, ¿por qué no tendrán, aun los que no pertenecen al pueblo, el deber de prestar á Dios el culto religioso? Mucho más lo tendrán, porque ha-

biendo recibido de Dios mayor capacidad para reconocerlo, mejor educacion, un estado más ventajoso, y todos aquellos dones que los distinguen del pueblo, serán reos de mayor ingratitud si no reconocen la fuente de donde emanan aquellos bienes; serán reos tambien de mayor impiedad si, conociendo más íntimamente la malicia del acto que cometen, se abandonan con todo á él, sin que puedan como excusa alegar la ignorancia, como harian las personas más incultas del pueblo. Mas si consideran la Religion como una cosa fingida, de que Dios no se cuida, no acepta, y aún abomina, ¿por qué ha de ser buena entónces *para el pueblo*? ¿No tendrá derecho éste, por lo tanto, á la verdad? ¿Se podrá darle á creer ficciones, quimeras, falsedades, porque conviene? ¿Este es el amor que profesan al pobre pueblo los que lo quieren conducir de la nariz porque les reporta utilidad? No se conoce poco el amor que les inspira y el concepto en que le tienen algunos que se fingen tan tiernos, tan apasionados de él y tan solícitos para destrozár las cadenas con que le han sobrecargado los tiranos, los déspotas y los bárbaros, sin que tengan inconveniente despues en aherrojar el mundo con la supersticion, con la idolatría y con el error cuando lo juzgan provechoso. ¡Ah, hipócritas! ¿Hasta cuándo no abrirá los ojos el verdadero pueblo para ver lo que haceis?

Por lo demás, el deber universal de religion no es asunto que se pueda controvertir con estos. Antes del siglo actual trascurrieron cerca de sesenta. En todos aquellos años hombres hubo tambien que tenian una cabeza sobre el cuello y un corazon dentro del pecho. Sea en hora buena nuestro siglo el más bienaventurado de todos, la perla, la piedra preciosa más brillante, y hasta el sol que sobrepuja y oscurece á los anteriores: aún por los monumentos de todo linaje que se conservan en el mundo, se comprende que no pueden relegarse al olvido todas las generaciones pasadas. Ahora bien. En todos los tiempos, hasta entre las naciones más bárbaras, se tuvo en gran estima el culto de la Divinidad, bien

que concedamos que á veces erraron relativamente á las propiedades que reconocian en ella, ó á los actos con que pensaban deber honrarla. Las pruebas, además, que aduce en su favor el Cristianismo son tales, y tan solemnes, y tan robustas, que, como notan los doctos, es preciso primero renunciar á la razon para poder renunciar despues al Cristianismo. Esto supuesto, ¿qué significa aquella frase: *la religion es buena sólo para el pueblo*?

Podria traducirse así con otras palabras: que sólo el pueblo tiene la obligacion de no mostrarse impío con Dios, y que los demás pueden insultar cuanto quieran á la Divinidad; que las criaturas pueden renegar del Criador; que los hijos pueden deshonrar á su padre, y que los redimidos pueden escarnecer al Redentor porque no son pueblo.

Que sólo el pueblo está obligado á no envilecerse igualándose á las bestias, las cuales, por su gran desventura, no conociendo á Dios, no pueden honrarlo; que los que no son pueblo pueden ser por su voluntad lo que las bestias son por naturaleza, y clavando siempre los ojos en tierra, como los animales en el dornajo, no levantarlos jamás al cielo, del cual emanan todos los bienes.

Que sólo el pueblo necesita llegar á su fin último, que es la suprema beatitud, mientras que cuantos no pertenecen á él pueden proceder como insensatos, sin pensar en el objeto para el cual han sido colocados sobre la tierra, ni en el fin á que se deben dirigir.

Que sólo el pueblo necesita evitar los males eternos, que la propia razon y pruebas infinitas de todo género demuestran inevitables para los que no honran á la Divinidad, mientras que cuantos no pertenecen á él pueden echarse imprudentemente en un océano de penas por toda una eternidad, lo cual no haria un demente.

Que sólo el pueblo necesita demostrar reconocimiento al Señor, y pedir gracias para remover peligros y lograr el auxilio celestial, mientras que cuantos no pertenecen á él pueden mostrarse indiferentes á cualquier favor que Dios les haga, ó

reirse de los socorros y de la proteccion de la omnipotente Majestad divina.

Que sólo el pueblo tiene la desventura de cometer pecados, y por consecuencia la obligacion de humillarse á Dios, de pedirle perdon y de impetrar su gracia; pero que los que no pertenecen á él haciendo una vida perpétuamente immaculada, no saben siquiera lo que es la necesidad de inclinarse en presencia del Trono divino para suplicar y pedir misericordia.

Estas y otras muchas cosas semejantes á éstas quiere significar la frase que *la religion es buena sólo para el pueblo*. Mas quien tenga el atrevimiento de repetirla, procure comprender á lo ménos su sentido primeramente, y despues, si á tanto llega su osadía, acepte toda su significacion. Si por ventura le pareciera tambien un poco atrevida, escuche plenamente entónces toda la verdad.

Es exacto que la religion es buena para el pueblo. ¡Oh cuán buena, cuánto, cuánto! Es buena para el pueblo, porque el pueblo se compone de hombres que son criaturas de Dios, destinadas por Él á la patria celestial, que necesitan de aquella por ser el único medio para conseguirla. Es buena para el pueblo, porque el pueblo tiene pasiones que vencer, las cuales no ceden sino ante los motivos potentes de la religion. Es buena para el pueblo, porque el pueblo ha de sufrir las penas inseparables de su estado, porque con frecuencia le falta el pan, el vestido y la casa; porque con frecuencia está cansado y abatido, teniendo precision de consolar lo presente con la esperanza de lo futuro, y olvidar la tierra con la vista del cielo.

Es buena para el pueblo, porque ha de soportar pacientemente los desprecios, las injurias, las concusiones de sus amigos y protectores, que ponen á prueba todo su sufrimiento. Es buena por todo esto, ¡y cuánto! ¡Ojalá que no hiciesen toda clase de esfuerzos para quitársela aquellos malvados que se fingen amigos suyos y son sus verdaderos traidores! ¡Ojalá comprendieran que así lo pide hasta su interés, ya que no les mueva la justicia y la verdad!

Despues de todo, conviene saber que no es ménos indispensable para los que no son pueblo, sino que lo es más para éstos. Porque aun olvidando que tienen el mismo fin, y que han de lograrlo por los mismos medios que el pueblo, existen cien otras razones que hácenla para ellos más precisa. Han de moderar la vanidad, que va casi siempre unida á la ciencia; han de contener la soberbia, que más fácilmente se insinúa en los palacios que en las chozas; han de reprimir la avaricia, que más se extiende donde halla materia más abundante que acumular; han de poner un dique sobre todo á la concupiscencia, que con mucha mayor facilidad se excita donde mayor es el ocio, más opípara la mesa, más copiosos los licores, más alegres las compañías, más espléndidos los bailes, los teatros, los placeres y las mundanidades. Tienen mayor necesidad de la religion, porque de ordinario sufren tentaciones más poderosas, caidas más frecuentes y golpes más graves que el pobre pueblo. En hora buena, pues, que crean necesaria para el pueblo la religion, mas que se persuadan de que tampoco á ellos les viene mal, y no se desdenen de compararse á lo ménos con el pueblo.

II. *La religion es buena para las mujeres*. Aquí cuadra el razonamiento anterior: si la religion es verdadera, se ha hecho para todos; si es obligatoria, ninguno puede eximirse de ella: si no es verdadera ni obligatoria, no es más buena para las mujeres que para los hombres, porque la ficcion y el engaño no son buenos para nadie.

Mas yo haré aquí una pregunta á los que limitan la religion á las mujeres. ¿Por qué sólo es buena para las mujeres? Ellas necesitan *emociones religiosas*, responden, porque teniendo un corazon más tierno, necesitan deshogarlo de alguna manera. Porque sois hombres, pues, ¿teneis la bella cualidad de carecer de corazon respecto del Señor? No sabria verdaderamente daros mis sentidas enhorabuenas por ello.

Por lo demás, hé aquí la verdad á este propósito. Si las mujeres tienen necesidad de religion, es

no sólo por el motivo comun de que cuantos tienen sér, vida é inteligencia deben dirigirse al Señor, sino tambien por razones especiales de su estado. Su debilidad y flaqueza natural hacen sentir más vivamente á la mujer la necesidad del divino sosten, y más la estrechan á Dios. La circunstancia de abundar en ella más el afecto que el discurso, hace que la religion le sea exigida más sensiblemente por su corazon, el cual, si no está de todo punto maleado y corrompido, no puede pasar sin ella; sobre todo la necesita especialmente por un decreto amorosísimo de la providencia divina.

Dios ha destinado por naturaleza á la mujer para dos oficios sumamente nobles: para el difícil y largo ministerio de la educacion de la prole en aquellos años primeros en los cuales las solicitudes, si pueden imaginarse, no pueden describirse, y para ser despues la natural maestra de la misma, y echar las primeras semillas de las virtudes y de la religion en aquellos corazones inocentes. Para facilitar esta mision elevada, la divina Providencia, que todo lo hace suavemente, la dió un corazon más tierno y más afectuoso, á fin de que con más facilidad la cumpliese y perseverase en ella. Por esto, trasportando la mujer aquel mismo corazon á los ejercicios de piedad relativamente á Dios, siente con más afecto de El, lo ama más sensiblemente, y es por consecuencia trasportada con más ardor á todo aquello que á la Divinidad honra. De donde se sigue que es muy cierto que necesita especialmente la religion.

Nace de aquí aquella especie de horror que ocasiona contemplar á una mujer que se une á los libertinos para burlarse de las cosas de Dios y de la piedad. Para llegar á esta infamia ha de perder, no solamente todo el temor, toda la reverencia y todo el amor á la Divinidad, lo cual ha de costarle una gran violencia, sino tambien prescindir de la vergüenza, que es el honor de su sexo; trasformar, por decirlo así, su índole, su corazon, y despues de haber despreciado todos los remordimientos de la conciencia, hollar hasta los afectos más puros que le

sugiere la misma naturaleza. Que una serpiente silbe y envenene, horroriza, pero no asombra, por ser natural en ella; mas quien viese que hacía otro tanto una paloma, quedaria, no solamente horrorizado, sino lleno de estupor al observar una violacion de la naturaleza de dicho animal. Tan es así, que el blasfemador más grande de que se tiene memoria, á saber, Proudhon, habiendo descubierto á ciertas mujeres caidas en el abismo, hasta el punto de jactarse de su irreligion, en un impío periódico suyo las amonestó públicamente para que se contuvieran, porque aún los hombres más perdidos se indignaban y tenían asco. Es, por tanto, muy cierto que la religion es buena, y aún óptima, para las mujeres.

¿Pero qué? ¿Tendrán razon los hombres para exceptuarse? Todo lo contrario. Así como en la mujer domina el afecto, debe prevalecer en el hombre la inteligencia. Si la mujer es llevada á la religion más suavemente por el afecto, el hombre debe ser conducido á ella más fuertemente por la conviccion, si no se trata de hombres que cedan á la mujer, no sólo en el corazon, sino tambien en la cabeza.

Fuera de que tiene más necesidad el hombre. La religion saca su nombre de que *liga* al hombre saludablemente. Ahora bien. ¿Quién sino el que es naturalmente más desenfrenado tiene mayor necesidad de vínculo? Si es verdad que el hombre se contiene ménos que la mujer por motivos humanos, cuales son la debilidad natural, la vergüenza, el pudor, el miedo, ¿quién duda que tiene mayor necesidad de motivos religiosos? Tiene, por añadidura, el hombre el primado de la autoridad en la familia, tiene el manejo de los negocios sociales; tiene, lo diré así, el gobierno del mundo, necesitando, por consiguiente, mayores auxilios del Señor, mayores luces, y pedir más frecuentem ente á Dios el perdon de sus prevaricaciones.

Hé aquí lo que deberian tener en cuenta por lo ménos aquellos hombres que no creen que las cosas marchan al acaso, y que no se reputan sin destino

ulterior al terreno. Que si es fingido todo lo que se enseña de Dios, del alma, de la vida futura y de la eternidad, tienen razon los hombres para no cuidarse de la religion. Queda sólo que la mujer no envidie al hombre por haber llegado á vanagloriarse de una dignidad igual á los animales del campo y á las fieras del bosque.

## CAPITULO XII.

**Catolicismo.**

- I. La religion no debe mezclarse en la marcha exterior de la sociedad.—II. La prudencia reclama el justo medio, la moderacion. Es necesario no ser exclusivos.

Hemos señalado ántes tantas especies de religiones, que al parecer deberian bastar: observando, con todo, lo que pasa en el mundo, hay todavía un género que no se puede omitir. Y es un catolicismo inventado hace poco tiempo y de tan especial naturaleza, que soporta todo lo que se le quiere hacer soportar. Es modesto, y cierra los ojos; es pacífico, y contiene la lengua; es humilde, y no manda; es prudente, y vive retirado; no burla las conciencias ni agita los espíritus; condesciende con todo aquello que otros quieren, y limitándose á la sacristía y al interior de la familia, no pretende mostrarse en la marcha externa de la sociedad. Tal es el catolicismo de moda, principalmente en las casas de los personajes ilustres, como diputados, senadores, ministros, magistrados y estadistas, extendiéndose después á los que llevan la luz y les tienen el saco. ¿Me preguntareis cómo se sostiene esta nueva religion? Os responderé que con dos principios magistrales, cada uno de los que vale por una demostracion. La religion trata del cielo y no se mezcla en los negocios humanos: la prudencia quiere el *justo medio* en todas las cosas, y es preciso no ser demasiado exclusivos en la propia manera de juzgar: con estos sostenes camina ligera y no teme caer. ¿Creemos que hasta el Señor la reconocerá? Lo vamos á examinar.

I. *La religion no debe mezclarse en la marcha exterior de la sociedad.*—Esta proposicion podria defenderse de cierto modo; mas tomada generalmente tal como suena, es falsísima. Que la religion